veniente, para apreciarlos bien, el establecer la distinción de sexo, pues así como se presentan por tal concepto diferencias externas entre ellos, perceptibles á simple vista, de igual modo existen, y quizá en mayor grado, en su cultura y desarrollo intelectual.

En términos generales, podemos afirmar que el mejor observador es un adolescente (entiéndase que por tal comprendemos al niño mayor de nueve años).

Este, si reúne dotes de perspicacia y cierto desarrollo intelectual, se encuentra en mejores condiciones que nadie para apreciar los hechos con exactitud y para relatarlos con fidelidad.

A su juvenil inteligencia, alentada por el deseo de lo desconocido, ofrece ancho campo el conocimiento del mundo y sus maravillas, siéndole pequeño el estrecho recinto de la escuela y del hogar paterno para su vehemente deseo de ensanchar sus conocimientos; deseo febril que le hace observar con más detenimiento lo que contempla y hace que no se le escape el más leve detalle.

La atención y el interés que en el adolescente despiertan los hechos que se ofrecen á su imaginación, no están amortiguados, como en el hombre, por las preocupaciones, el cansancio y la fatiga: libre, por tanto, como el aire, puede dar rienda suelta á su imaginación, que aún se mantiene pura, por no haber manchado sus alas ni corrompido su corazón el hábito ponzoñoso del mundo.

Y si á esto se agrega que su conciencia establece la distinción entre lo justo y lo injusto, y merced á su innata generosidad desprecia por vil la mentira y siente un vivo deseo de comprender aquello que no se ofrece con claridad á su inteligencia; si tales cosas se tienen en cuenta, se comprenderá fácilmente la importancia de un testigo semejante, en el que no influyen las pasiones y que no da oídos á otros impulsos que los de su corazón.